

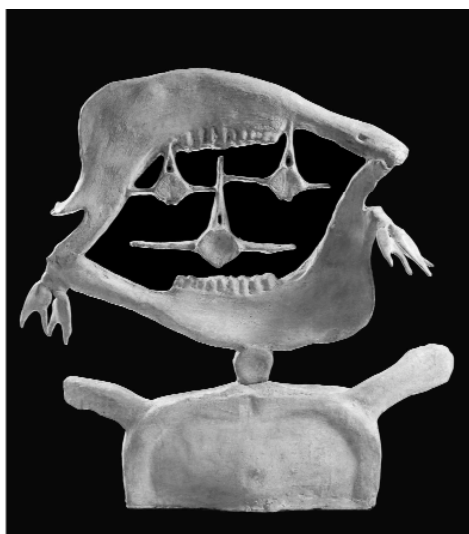
Encuentro fortuito:

la escultura de Sergio Hernández

Germaine Gómez Haro



Bicho, 2005



El Grito, 2005



El Guerrero, 2005

A lo largo de más de dos décadas, el arte de Sergio Hernández se ha caracterizado por un despliegue de técnicas, medios y temas que conforman, en su variedad, un intrincado caleidoscopio de formas, texturas y símbolos alucinantes. Pintura, dibujo, grabado y cerámica han sido los territorios más transitados por este artista interdisciplinario cuya curiosidad ilimitada y espíritu explorador lo han llevado a aventurarse por un sinfín de caminos variopintos. La búsqueda y la experimentación son los senderos que se entrecruzan y confluyen en el mapa de su creación, signada por un estilo personal plenamente reconocible.

Hasta tiempos recientes, la escultura había sido apenas un estadio fugaz en el devenir del quehacer artístico de Hernández. Iniciada en el 2003 en el Taller de Fundición de José Luis Ponce en Madrid, su incursión en el volumen y la tridimensionalidad siguió su ruta en la Ciudad de México, donde realizó en los últimos meses un considerable número de piezas fundidas en bronce. El resultado de este nuevo lance

marca un capítulo inédito en su polifacética trayectoria.

Vale la pena recordar que, en 1985, la primera exhibición individual de Sergio Hernández en una galería comercial —*La Fiesta*, Galería OMR— estuvo integrada por una vasta producción de pinturas y esculturas dedicadas al tema de la tauromaquia. Fue la primera y última ocasión que trabajó simultáneamente escultura en bronce, talla en madera y óleos. Ahora, a veinte años de distancia, el artista oaxaqueño ha dedicado varios meses a la elaboración de singulares piezas, que, según sus propias palabras, son más “objetos contruidos” que esculturas en el sentido convencional del término. Esta producción se presentó en el Museo José Luis Cuevas.

La escultura hoy en día abarca un universo ambiguo cuyas fronteras son difíciles de definir, y en el que conviven cómodamente diversas expresiones y lenguajes. Sobre este punto, el historiador del arte Herbert Read plantea la siguiente interrogante: “¿Hasta qué punto sigue este arte, en cualquier sentido tradicional (o semán-

tico) de la palabra, siendo *escultura*?”. Lo cierto es que, en la actualidad, seguimos llamando “esculturas” a todas las obras de arte plástico tridimensionales y exentas, pero, desde los albores de la modernidad, se han creado piezas en volumen que de ningún modo están “esculpidas” —y ni siquiera “moldeadas”— sino, más bien, en muchos casos, han sido edificadas como composiciones arquitectónicas, o contruidas como finas maquinarias. Las obras recientes de Sergio Hernández son objetos escultóricos para ser palpados y acariciados, surgidos de las más recónditas sensaciones y emociones de un artista que, ante todo, conserva la capacidad lúdica de un niño cuya curiosidad insaciable lo conduce por los más extravagantes vericuetos de la creación.

Hacia la segunda década del siglo pasado, los dadaístas comenzaron a incursionar en obras plásticas que fusionaban la pintura y la escultura, tomando prestado recíprocamente de una y otra, en un fluido tránsito entre ambas manifestaciones. Así surgieron los *collages* en tercera dimensión, los *assemblages* (ensamblajes) y aque-

llas obras que, a falta de una definición más precisa, se conocen simplemente como *objets trouvés* (objetos encontrados). Más adelante, los surrealistas extendieron esta concepción hacia los reinos de la fantasía y los parajes de lo onírico. El término *assemblage* se utilizó para una exposición organizada por el Museo de Arte Moderno de Nueva York en 1961, *The Art of Assemblage*, integrada por *collages* y construcciones de pequeño formato de los más célebres cubistas, futuristas, dadaístas, surrealistas, así como los *ready mades* de Marcel Duchamp. En ese contexto se comenzó a llamar *assemblage* a cualquier reunión de objetos diversos, con escasos rasgos comunes, a veces presentados en algún tipo de embalaje o caja, o contruidos en tres dimensiones.

Las esculturas recientes de Sergio Hernández presentan correspondencias conceptuales—en el fondo y no en la forma—con los *assemblages* tridimensionales de Kurt Schwitters, cuya obra conocida como *Merzbau* (Hannover, 1924) fue el prototipo de todos los ensamblajes que le seguirían. Años después, el surrealista Joseph Cornell inauguró una nueva modalidad con sus “cajas de curiosidades condensadas”, como él las llamaba y que son consideradas objetos escultóricos como los de Louise Nevelson y el británico Paul Nash, llamado por Magritte “el maestro del objeto”. Nash fue uno de los primeros artistas en cultivar el interés por el *objet trouvé*, singularizando la importancia de los objetos hallados por azar que colocaba sobre pedestales para conferirles el carácter de esculturas *per se*.

Las piezas de Sergio Hernández coinciden con las de sus predecesores en su gusto por realizar creaciones lúdicas que no se apegan a ningún canon estilístico, ajenas a cualquier regla de composición de la escultura tradicional y, tomando como punto de partida una miríada de objetos encontrados o coleccionados, según comenta el propio artista:



El Cinabrio, 2005

No trabajo siguiendo un concepto estructurado. He dejado que me hablen los objetos y me dejo llevar hacia donde ellos quieren dirigirse. Cada elemento me proporciona un pretexto diferente para crear una historia. Las esculturas se emparejan entre sí porque he usado los mismos objetos de manera reiterativa en su composición, pero cada pieza posee un carácter propio y distinto a las demás. Son como pequeñas construcciones arquitectónicas en las que voy sobreponiendo los objetos que me gustan. Lo importante es el equilibrio en su estructura.

De esta asociación libre de ideas y del feliz acoplamiento de objetos dispares sur-

gen personajes fabulosos y evocaciones poéticas, cuyo tono lúdico proviene de la frescura y espontaneidad en su concepción y del proceso casi automático en su factura. “No estoy pensando en lo que voy a hacer—agrega—sino en lo que soñé. Estas obras son parte de mis sueños... Y de mis pesadillas. Los voy armando como un *cadáver exquisito*”.

En este sentido, Hernández ha tenido presentes las creaciones de Miró, Klee, Tàpies, Asger Jorn y Cy Twombly, creadores que supieron mediar entre las fuerzas primitivas del espíritu y el orden metafísico. Cada objeto escultórico está compuesto por diversos elementos disímboles que el artista ha elegido siguiendo su intuición y atraí-

Sergio Hernández vuela, navega, y surca los ríos de sus sueños...



Niña cangreja, 2005

do por la belleza de sus formas simples y sencillas, tomando en cuenta únicamente el diálogo secreto previamente establecido entre él y cada pieza que habrá de formar parte de su singular composición. Vértebras de ballena y de delfín, cráneos y huesos de otros animales, piezas africanas, botes, pinzas de cangrejos, recipientes de madera, aldabas, flores, varas y ramas son algunos de los elementos vaciados a la cera perdida que Sergio manipula e interviene para recontextualizarlos y proporcionarles un sentido propio. Como un niño travieso, desacerbado, pero a la vez consciente de sus actos, Sergio rasga, araña e incide en la piel de sus piezas para imprimirles huellas que, como antiguos pictogramas o tatuajes del alma, aluden a códigos secretos, a ensoñaciones ocultas.

Curiosamente, sin proponérselo, se han establecido correspondencias y analogías entre los objetos escultóricos de Sergio Hernández y sus pinturas. ¿Cómo y por qué?

Sencillamente, porque de manera natural y enteramente espontánea se han creado nexos entre estas piezas y sus pinturas cargadas de símbolos y texturas. Hernández incursiona en diferentes pátinas cromáticas que dotan a sus bronce de aires añejos y misteriosos. Son fascinantes las piezas cubiertas de cinabrio (mineral compuesto de azufre y sulfuro de mercurio) que remiten a las excavaciones de culturas antiguas como la etrusca, la china, o la mesoamericana. En la cosmogonía mesoamericana, el color rojo fue fundamental por su asociación a la vida y a la regeneración. Para los mayas simbolizaba el renacimiento a una vida después de la muerte corporal, por esta razón el cadáver de la célebre Reina Roja de Palenque fue totalmente cubierto, junto con su ajuar funerario, de polvos de cinabrio, de ese rojo bermellón y escarlata que enciende las sensaciones más fulgurantes, tal y como bien supo aludir Hernández en piezas como *El cinabrio*, *Niña*

cangreja, *Caballo de Troya*, *El gallo*, *Guerrero* y *Monolito*. Otras piezas, como *La lunática*, *Ofrenda*, *Tu retrato*, *Varas*, *El grito*, están envueltas en brumas delicadas de tenues rosas o azules, finos disfraces acuarelados que dotan a las piezas de una piel nívea y celestial. Como recién extraídos de una excavación arqueológica, los bronce de Hernández presentan una pátina que remite a las texturas de los muros urbanos, descarpados, pintarrajeados y arañados de los cuales Octavio Paz escribió:

Superficie que es más tiempo que espacio, sufriendo extensión sobre la que el tiempo escribe, borra y vuelve a escribir sus signos adorables o atroces: las pisadas del amanecer, las huellas de las rodillas desolladas de la noche...

Sergio Hernández vuela, navega y surca los ríos de sus sueños, cruza los mares de sus fantasías y llega a buen puerto con obras que entrelazan su voluntad de orden y su impulso poético. Más que un sistema de formas, el arte de Sergio Hernández es un sistema de alusiones, ecos y correspondencias. La ilusión como realidad y la realidad como ilusión propician la reconciliación de los opuestos, la simultaneidad de contradicciones que son posibles al combinar lo cotidiano con lo desconocido, lo esotérico con el lugar común, la multiplicidad de asociaciones que confluyen en obras que encantan por su frescura y por su elegante y sofisticada sencillez.

Al ver trabajar a Sergio en el taller, rodeado de una caprichosa “juguetería” de objetos multiformes que va ensamblando con total libertad, como el niño absorto en su mundo que edifica sus sueños y fantasías con bloques de madera, admiré y añoré su capacidad de asombro y de sorpresa, su mirada fresca y renovadora ante la simplicidad de las formas que lo cautivan. Hernández nos sorprende porque él vive permanentemente sorprendido. Sus juegos —revelaciones poéticas de los mundos que lleva dentro— devienen creaciones delirantes, inquietantes y voluptuosas. Elegantes en su fina sencillez. A este artista sorprendente y sorpresivo viene bien el aforismo del poeta humanista William Wordsworth: “El hombre es el hijo del niño”. ■